

AJEDREZ:

¿ciencia, arte o lucha?



Por JUAN D. MARTÍNEZ PÉREZ

Acompañando al hombre a través de casi toda su historia, ha permanecido este maravilloso y enigmático juego que cautiva con su belleza a millones de hombres y mujeres incapaces de resistirse al poder de su seducción, a pesar de la complejidad y exactitud que exige. Se podría decir que el ajedrez es propio de la humanidad, pues aunque se afirma que nació en la India hace dos mil años, hay vestigios suyos en múltiples culturas: la nórdica, la esquimal, e incluso anteriores como la egipcia. Es como si el hombre hubiera necesitado siempre, después de su caída original, una réplica, en forma de juego, de las guerras que continuamente libra, y aún de la batalla que es la vida, donde además de entretenerse se prepara convenientemente en la comprensión de los más difíciles resquicios del arte militar. Entonces, por encima de lo que pueda ser el ajedrez en su esencia, es una manifestación cultural, una gran expresión de la cultura humana.

Ahora bien, ¿que es en sí el ajedrez? ¿Es solo un juego? ¿Es ciencia o arte? ¿O es lucha, y por ende un deporte más? ¿Es todo a la vez? A través de los siglos, sobre estas preguntas nada fáciles de responder, se han vertido disímiles criterios sin que exista un verdadero acuerdo. Probablemente no han aparecido los suficientes argumentos desde ninguno de los puntos de vista, dado que es difícil precisar la esencia primera de este complicado fenómeno. Sin embargo, ello no ha impedido que se juegue muy buen ajedrez, dando el primer elemento iluminador y demostrativo acerca de la esencia del mismo. A pesar del cúmulo de teoría al que se ha llegado, este es más práctico que teórico. En el juego pueden ser más decisivas las habilidades prácticas que los conocimientos teóricos, sin perder los últimos su enorme importancia.

El proceso de teorización en el ajedrez ha sido fruto de la práctica milenaria, como sucede en todas las actividades primordialmente prácticas y, en definitiva, en todo juego; aunque sea el rey de los juegos, el más intelectual, profundo, bello y exacto de todos.

También, durante casi toda la historia, el ajedrez se jugó con muy poca literatura y hubo grandes campeones y grandes figuras del ajedrez en general que debieron su éxito casi exclusivamente a su talento natural y a la práctica y experiencia de juego.

Un ejemplo fue nuestro gran campeón José Raúl Capablanca, el último y más grande ejemplo, quien todavía en su época no era el único que miraba con desconfianza los libros de ajedrez. Solo una generación que iba surgiendo y consolidándose a la par de los descoltantes triunfos del genial cubano, tal vez para descifrar y deshacer su invencibilidad, fue teorizando y profundizando más y más en el juego.

Alexander Alekhine, significativo jugador que le arrebatara el título al campeón cubano, mediante una vida de consagración, estudio, investigación y práctica continua al más alto nivel, inauguró, sin saberlo, una nueva etapa para el ajedrez y un nuevo tipo de ajedrecista. El ajedrez no fue más un divertimento intelectual y empezó a ser una carrera con muchas exigencias. Ya el ajedrecista no era un jugador, ahora era un investigador, un científico, un artista.

Esta bandera fue tomada por la generación de los años treinta del siglo pasado, pero en especial se encarnó en Mijail Botvinnik. Considerado padre de la escuela soviética de ajedrez, este llevó en su vida el nuevo criterio hasta sus últimas consecuencias.

Además, fue varias veces campeón mundial ante jugadores de tanto talento como él (Vasili Smislov, Samuel Rechewsky y David Bronstein) y aún de mayor talento (Mijail Tal).

Este criterio, esta convicción, fue la que hizo de la extinta URSS el imperio del ajedrez y que sólo un hombre fuera de ella elevara todavía más el nivel de la mencionada concepción científica: Robert Fischer pudo ser campeón mundial antes que aquel Estado se desintegrara.

Es pues el ajedrez la más intelectual y científica de todas las artes, por lo que se asemeja a una ciencia, y la más viril y combativa, por lo cual pasa por deporte. Tiene que convertirse en un verdadero artista aquel que quiera llegar y mantenerse en las cumbres del ajedrez...

Por tanto, estos últimos años nos obligan a considerar que el ajedrez, aunque un juego, y por esto de índole práctica por encima de todo, tiene un vasto nivel de complejidad. Entonces, su riqueza estimula el enorme caudal teórico y favorece así que quien profundice en él, se convierta cada vez en mejor jugador, mucho más si practica mientras tanto al mismo ritmo y al máximo nivel posible.

Tenemos ahora la posibilidad de acercarnos a una plena definición del ajedrez en sí. Sabemos que es un juego, pero con una amplia variedad y muchas posibilidades. Reconocido como deporte, viene a ser un juego cuyo nivel de habilidades motiva a un número creciente de personas a participar de sus niveles de lucha. Pero tampoco satisface esta definición de deporte a secas, debido a que su dimensión teóricotécnica es mayor que la de todos los demás deportes juntos. Sin embargo, siendo más que un deporte, no es una ciencia pura, no obstante su casi inabarcable caudal teórico-técnico, gracias al cual posee un importante contenido científico.

El ajedrez como juego y deporte exige desarrollar las habilidades con un sistemático entrenamiento, condiciones decisivas para alcanzar el éxito, pues está demostrado que los músculos del ajedrecista son las neuronas. Por ende, tiene que alcanzar un grado de familiarización con el movimiento interrelacionado de las piezas en el tablero durante la práctica habitual. Entonces sólo hay una clasificación para esa actividad que tiene exigencias técnicas y teóricas a niveles extraordinarios de creatividad sobre la base de habilidades complejas, quizá de manera extraordinaria: un arte.

Es pues el ajedrez la más intelectual y científica de todas las artes, por lo que se asemeja a una ciencia, y la más viril y combativa, por lo cual pasa por deporte. Tiene que convertirse en un verdadero artista aquel que quiera llegar y mantenerse en las cumbres del ajedrez; lo mismo que quien desee llegar al virtuosismo en la interpretación del violín o del piano, en el trabajo con la escultura o la pintura. Hay que estudiar y profundizar al máximo en el gran acervo teórico de la disciplina para dominar su técnica. Hay que entrenar y practicar el tiempo necesario para desarrollar al máximo las habilidades que permiten expresar con fluidez, seguridad y destreza la actividad ajedrecística.

¿Y después?

Después ya no se puede parar. Es imprescindible mantener el contacto con los nuevos desafíos que van surgiendo, depurar la experiencia para no quedarse atrás y profundizar constantemente en la ejercitación diaria como un verdadero creador.

JUAN DAVID MARTÍNEZ PÉREZ. Instructor de Ajedrez. Experto provincial.